ARTE • LETRAS • ESPECTACUL

influencia ideológica perpetrada desde sus imágenes, pero igualmente para revitalizar el entusiasmo, la creatividad y hasta la alegría que en su momento supuso. Sin olvidar su intento estético de combinar, junto con la música, técnicas de otras "artes".

Quizá a la película le falta una perspectiva crítica, una información de las circunstancias en que estas películas se hiciéron, de los momentos históricos en que nacieron, de lo que significan de alejamiento o de transformación de la realidad. Pero eso no sería, según los cánones hollywoodienses, "espectáculo". Y de espectáculo se trataba: de la contemplación, de la admiración incluso, de un sentido del espectáculo, de la evasión de la realidad hecha —por qué no?— con talento.

Diego Galán.

Onésimo Anciones

Había visto, en la misma redacción de la revista, un catalo-

go de la exposición de Anciones —del esdrújulo Anciones— con una introducción de Umbral en la que, entre otras cosas, decía algo que a mí me llegó al alma. Decía que en Anciones hay un paño. ¿Paño? Esos son los míos, me dije, y tomé un taxi para ver la muestra, mientras me iba diciendo a mí mismo: Pañuelos del mundo entero, unos. Claro que hay que distinguir el estupefaciente de cada cual, porque, por ejemplo, yo creo que Praga es un paño, pero un pañuelo de "colegio mayor". El esdrújulo, igual que yo, es un paño de pueblo. Aquellos tienen un caci-que en el fondo de su alma; nosotros podríamos llevar algún respeto, pero no siquiera llevamos eso. En fin, me dije, vamos a ver cómo resuelve la pintura un paño de Castilla, injer- tado de periodista.

Onésimo Anciones

Galería El Coleccionista, de
Claudio Coello

Pues resuelve bien ese chico el problema de su pintura. Lo resuelve bien, porque hace lo que

Pintura de Onésimo Anciones.
hacen todos los maestros, sean grandes o pequeños: ponen sus problemas por delante sin tratar de engañar a nadie. Dado su origen y las condiciones que se le suponen, Oséaseo Anciones podría haber sido un "nait". Y de eso, nada. O sea, que el factor de su palettismo habría que tomarlo un poco a beneficio de inventario. Igual que yo, ya ha leído algunos libros, e incluso somos responsables algo de otros libros. Además, ya hemos ido muchas veces al Museo del Prado... Y ese último, nuestra vinculación con el Museo del Prado (a veces directa, a veces envuelta en una intrincada red de los vasos comuni-antes lo que nos convierte en paletos-civilizados: Si nos acor-damos, por ejemplo, de la "Da-nae", del Tiziano, rechazamos, aunque sólo sea por estética, la Alianza Popular con el himno de "La fiel espada triunfadora". Conste que yo no conozco perso-nalmente a ese esdrújulo Anciones, pero, claro, soy paleto de pueblo, igual que él, y también estoy pervertido por el Museo del Prado... y aún por el periodismo- Igual que él. Son demasiadas coincidencias para no atre-verse a establecer un posible acuerdo de afinidades electivas.

Pero, volviendo al hilo de lo que aquí interesa. Anciones es, fundamentalmente, un paisajista. Es un paisajista, no sólo cuando pinta paisajes, sino cuando pinta poblados del paisaje. Sus hombres, o sus casas, son de la misma naturaleza que los paisanos de los montes que en ellos se desvaren. ¡Acá él, con su boina encasquetada, que es también alguno de la vendimia del paisaje? Yo, que no lo conoz-co más que por la foto del catálogo, piensos que sí, que tiene que ser así. Y de aquí nace mi primera perplejidad. Fues un paisajista no puede ser "paisaje", porque necesariamente tiene que ser traslado el paisaje mismo: que sea reflector el paisaje -"espectador"- es lo que mira las cosas "desde fuera"...- Si no fuese así, no podría "ver" el paisaje: los árboles no ven el paisaje. Ni los campesinos: pue-
dan amarlo, pero no "verlo". Lo extraño de Anciones -su gran lujo específico- es que sabe ver "el paisaje", que lo ve con una mirada que no es ni, por una parte, el del campesino, ni, por otra, la del futbolista (ni, por su-puesto, la del pupilo de un cole-
gio mayor... para éstos, el paisaje no es más que un accidente...). Pero Anciones, no. Mi amigo Am-
ciones -me atrevo ya a llamarlo así- es, para explicarlo de alguna manera, paisaje y paisajista. Y esa es su peculiaridad especial: ese es el lujo específico de su pintura. Anciones es un español -no lo había dicho ya antes?- cast-llano de Valladolid. Y cuando

Javier Clavo,
con el mazo
dando

A mí me gusta echar un rato con Javier Clavo, porque

"Laura".

Cuando aprendió a pintar en Madrid se fue a Italia a practi-
car la técnica del mural. Y allí mismo aprendió a hacer mosai-
cos, tomando en Ravenna las vie-
jas teselas que pusieron los maestros de San Vital...

Se sabe tanto y tan bien el ofi-
cio de pintar en todas sus posi-
bles dimensiones (al óleo, al fres-
cco, en mosaicos, grabados, hasta tapices), se lo conoce todo tan bien, que a veces se ha escapa-
dado, como jugando, de su propio oficio, para hacer escultura... y para hacerlo bien.

Me he ido "en hora mangelu-
da" a ver su exposición de Biosca, creyendo que a esa hora no iba a estar allí. Pero llegó. Eso no se para nunca... ¿De dónde saca-rá el tiempo? Es curioso: Javier no le concede ninguna importan-
cia a lo que ya tiene realizado. "Eso ya está. Hablemos de otra cosa". Y casi siempre lo que hab-
blaba ya no tiene nada que ver con la pintura; tiene que ver con la vida. Acuerdo una vez... ¡hace ya tiempo de esto, y él ni siquie-
ra se acordará- que me llevaba no sé a dónde en su coche. De pronto me dijo con esos entusias-
mes que lo caracteriza: "¡Mira qué hermosura!...". Lo que me es-
taba señalando era un carro de traperos que llevábamos delan-
te. La mujer del trapero, inver-
similmente sentada en la tabla posterior del carro, llevaba un niño acunado en sus brazos y le daba de mamar, con el seno al aire, con esa dignidad pública con que las mujeres de nuestra casta saben transformar en puro-
adoro lo que en otras circuns-
tancias no lo sería. "¡Mira qué hermosura!". Era verdad, pero había que "ver" la escena, dis-
cernirla en el "mare magnán" vespertino de la calle. Acaso ese "saber ver" es lo que consiste ser un pintor. Y Javier lo era: Lo es.

En esa exposición de Clavo-in todas sus exposiciones- la primera de sus notas distintivas es el entusiasmo. ¡Entusiasmo!